



Nunca ayudes
a una extraña **J. M.**
Guelbenzu

DESTINO

Nunca ayudes a una extraña

J. M.
Guelbenzu

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1301

© José María Guelbenzu, 2014

Publicado con el acuerdo de Casanovas & Lynch Agencia Literaria S.L.

© Editorial Planeta, S.A. 2014

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2014

ISBN: 978-84-233-4847-3

Depósito legal: B. 15.861-2014

Impreso por Cayfosa

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Siempre, antes de emprender un viaje, he fantaseado con la esperanza de conocer a una mujer con la que vivir una apasionada aventura que duraría lo que el trayecto. Mi preferido era el tren, especialmente un tren nocturno. En un avión la intimidad es más difícil, y en autobús, imposible. En cambio, el coche cama, el clásico *wagon lits*, es el escenario adecuado. La mañana del día del viaje con el que arranca esta historia, el primer día del mes de junio de 2004, jueves, comenzó tras el sonido estridente del despertador que me hizo saltar de la cama a las seis y media para embarcar en el tren que salía a las ocho menos cuarto de la estación de Chamartín. Se anunciaba un día caluroso, como suelen ser los de Madrid en esta época del año. Yo caminaba por el andén en busca de mi vagón cuando la vi de espaldas, avanzando con su *troller*, una mujer que se movía como una pantera, con esa elegancia felina que sólo es posible lucir desde unas sensuales caderas. Era casi tan alta como yo, de pierna atlética y muslos llenos y bien ceñidos por una falda estrecha, un trasero que se adivinaba espléndido a pesar de hallarse medio velado por el faldón de la chaqueta, la espalda recta y fuerte, los hombros marcados, el cuello orgulloso, el pelo recogido y sujeto en la nuca: una mujer de bandera, como solíamos decir en tiempos. La seguí hipnotizado hasta que sobrepasó el último vagón de clase turista y se dirigió a los de clase preferente. Yo volví sobre mis pasos, maldiciendo el ataque de tacañe-

ría que me hizo adquirir billete de clase turista, que no era sino el resultado de haber sido despedido una semana antes de mi trabajo como periodista de investigación en un semanario de actualidad de cuyo nombre no quiero acordarme. El semanario se cerraba y mi contrato con él. Mi destino era la ciudad de G... a orillas del Cantábrico, invitado a pasar una semana de relajo por un viejo amigo que había emigrado unos años antes y abierto un bar para huir de la ciudad ajetreada e histérica en que se había convertido Madrid.

En el asiento contiguo al mío se sentaba un joven mochilero autista, perdido entre sus auriculares, que se había desprendido de sus botas de montaña y lucía unos calcetines arrugados que hirieron mi sensibilidad. No me tengo por persona remilgada, pero aprecio ciertas formas externas que se están perdiendo para la convivencia. De todos modos, estaba tan desanimado por la pérdida de la mujer que no tenía ganas de dar lecciones de civismo a nadie. Cuando el tren dio el tirón que iniciaba el viaje y el entorno de la estación empezó a deslizarse hacia atrás, busqué en mi maleta, molestando al joven todo lo posible, la novela que había adquirido la tarde anterior, una de Margaret Millar, y me puse a leer.

La imagen de la mujer me impedía centrarme en la lectura y al cabo de quince minutos cerré el libro. Estuve tentado de pasar a los vagones de preferente por ver si la localizaba. Sólo la había visto de espaldas y sentía una necesidad cada vez más intensa de comprobar si por delante respondía a lo que había apreciado por detrás. A lo mejor era una decepción, lo que permitiría calmar mi ansiedad y concentrarme en la lectura, porque tenía cinco horas de viaje por delante y estaba seguro, por mi proverbial mala estrella, de que el mochilero resistiría en su asiento hasta el final del trayecto. Ella, desde luego, tenía el aspecto y el movimiento de mujer fina, a pesar de su tamaño; las mujeres grandes y bien formadas, vistas por detrás —es decir,

sin la luz del gesto— suelen tener, en mucho o en poco, un punto de pendón que, a juzgar por lo visto en mi breve seguimiento, cabía sospechar en mi atormentadora. Poco a poco, la idea de darme un garbeo por los vagones de preferente me acicateaba; al fin y al cabo, antes de probar a pegar la hebra con ella, necesitaba comprobar si era o no el pedazo de mujer que parecía. ¿Para qué? Por el placer de tentar a la suerte, qué quieren que les diga. Y más allá de eso... quién sabe; hasta podría decidirme a pagar el suplemento de diferencia del billete; sobre todo si hubiera un asiento libre a su lado.

Pero lo que en realidad hice fue acercarme al vagón-cafetería. Con las prisas olvidé desayunar y necesitaba un café con leche y lo que pillara para comer. Un estómago en ayuno es como un vacío en el alma. De modo que me puse en pie y avancé tambaleándome entre las filas de asientos poblados de gente adormilada. El tren había cogido velocidad y yo avanzaba a trompicones procurando no caer sobre algún desprevenido pasajero. En mi afán de salir de tan incómoda situación, aceleré el paso, adquirí velocidad y acabé atravesando al fin la puerta de la cafetería como si me hubieran dado una patada en el culo; sólo me detuve cuando conseguí aferrarme a la barra; luego, recompuse mi figura y, mientras esperaba a que el mozo me atendiera, me dio un vuelco el corazón: allí estaba ella, tranquilamente apoyada en la repisa del ventanal ante un vaso de café humeante, oteando el paisaje.

No puedo decir que fuera guapa, pero era endemoniadamente atractiva. Un rostro de pómulos marcados que aliviaban la redondez de la cara, nariz corta y ancha, unas orejas pequeñas y encantadoramente pegadas al cráneo, signo de elegancia de cuna, y unos ojos negros para perderse en ellos. Ahora podía apreciar su cuerpo de frente; había abandonado la ligereza de la juventud para adquirir la figura esbelta de una mujer en la sazón de los cuarenta años, esa carne aún firme, acogedora y esplen-

dorosa de la madurez de una persona que se cuida con esmero. Admiré su pecho altivo, el vientre recto y acogedor, anchas caderas y piernas bien formadas, unas manos grandes y estilizadas... y allí la tenía, a un par de metros de distancia, mirando por la ventanilla, con la naturalidad propia de una persona sensible y soñadora, ajena a la admiración que despertaba en mí y en un par de ejecutivos de medio pelo que desayunaban a mi lado, y ajena a la imagen de mujer de rompe y rasga con que la había clasificado cuando la seguía por el andén de la estación; por un instante ella levantó la vista hacia donde yo estaba y nuestros ojos se encontraron, pero creo que no me vio, sumida como debía de estar en sus propias cavilaciones. En realidad, viéndola así, acodada en la repisa del ventanal, con la mirada perdida en el paisaje, por un momento me pareció, sencillamente, una hermosa mujer contemplando el veloz discurrir de los campos que despertaban al calor de la primera luz del día.

Conmovido por la fuerza poética de mis sentimientos, me refugié en el café con leche y el pincho de tortilla que me había calentado el mozo en un vano intento de devolverle sus mejores cualidades y me entretuve en alimentarme mientras improvisaba una excusa para acercarme a ella. Yo era bueno y rápido en ese menester, debido a mi profesión, pero cuando levanté la vista hacia ella, ya dispuesto, descubrí que había desaparecido. Los dos ejecutivos de medio pelo conversaban con el camarero con una rijosa complicidad que me produjo algo parecido a un ataque de celos. Luego, tras pensarlo unos segundos, admití que buscarla por los vagones de preferente era una actitud pueril e impropia de un tipo como yo, así que acepté la derrota y regresé a mi vagón, desalentado. Aquél era un mal comienzo. Además, el mochilero había colocado sus sucios pies sobre el respaldo del asiento delantero y, faltarle ganas de pelear, pero asqueado, me cambié a otro libre un par de filas más atrás.

Como he dicho, me dirigía a la ciudad de G... a pasar una semana de descanso atendiendo a la invitación de un amigo que regentaba un bar de su propiedad llamado El Espacio. Manolo, mi amigo, se había largado de la capital cinco años antes, harto de engatusar a la gente trabajando para una empresa de seguros, una de esas que a la hora de pagar siempre consiguen llamarse andana a costa de la letra pequeña de la póliza. Metió todo su dinero en el bar y consiguió sobrevivir y hacerse con una clientela con la que comentar las mil y una incidencias que constituían el pulso de la ciudad. «Prefiero empequeñecerme en una ciudad pequeña que desaparecer tragado por el tumulto de la gran ciudad», me dijo antes de irse. Era el clásico soltero irredento, además. El caso es que allí iba yo, dispuesto a lamerme las heridas del despido y la falta de perspectiva, porque en el inmediato futuro sólo tenía la posibilidad de trabajar como *freelancer*, que es una bonita manera de no saber nunca cuándo vas a cobrar.

No lo hice a propósito, porque el tren tenía su horario, pero el caso es que llegué a la hora del aperitivo. El bar no servía comidas, aunque Manolo podía darte de comer con todo el material que se alineaba en la barra, pero además su cocinera, una manchega de escasa estatura que compensaba con su expresiva facundia, era capaz de improvisar un plato diario que, por extensión, alcanzaba a algún que otro cliente habitual. El aperitivo era variado

y glorioso, no en vano ella, mientras Manolo despachaba desayunos, empezaba a poner las bases de lo que luego colmaría una barra que, a juzgar por lo que encontré al llegar, tenía justa y harta fama. Como el trabajo era mucho para dos, mi amigo se permitía cerrar antes de la cena y abrir a las diez de la mañana, hora a la que llegaba con la compra base ya hecha, compra que la mujer completaba acudiendo como un clavo a la hora de apertura del mercado. Todo esto me lo contó mientras atendía a la avalancha del personal, porque era la hora punta, de manera que, al cabo, como la novia de Manolo estaba ausente, yo mismo me pasé el otro lado de la barra, solté la maleta y empecé a tirar cervezas y a servir vinos y cacharros, como llaman aquí a los combinados de alcohol con refrescos.

Lo que no se servía era sidra porque Manolo detestaba el olor agrio y ácido que emana de los charcos que suelen formarse en el suelo de los chigres. Allí, pisando suelo seco de baldosa cerámica, la clientela distribuía sus vasos y platos sobre la barra o las repisas que bordeaban las paredes y se daba a la charleta marcando territorio.

El día de mi llegada lucía un sol radiante y una luz esplendorosa cubría la ciudad de G..., de manera que a eso de las cinco, una vez que los últimos cafeteros se hubieron retirado y acabada la última partida de cartas, Manolo echó el cierre hasta las siete, como tenía por costumbre salvo los fines de semana, y me acompañó a instalarme en su casa. Era un piso pequeño cerca del puerto, sorprendentemente limpio y ordenado, lo que atribuí al cuidado al que sin duda había tenido que acostumbrarse a cuenta del bar. Yo había sugerido la idea de buscar una pensión para una semana, que era el tiempo que pensaba permanecer en G... pero Manolo se negó en redondo. El piso constaba de salón, dormitorio, cocina y baño. Yo dormiría en el sofá cama del salón y me pregunté si mi amigo se iba a abstener de fornicar durante la semana, porque tenía con quién, porque el dormitorio carecía de puerta, detalle

este típico de soltero vocacional. Mi exmujer habría disfrutado a más no poder viendo cumplidos sus pronósticos sobre el desastre en que debía de convertirse mi vida después de dejarla a ella. ¿Y qué iba a hacer yo si ella hizo lo que no debía: casarse con un audaz reportero? Ella era de las que te hacen pagar a ti sus errores.

Uno de los encantos de la ciudad pequeña, que también es uno de sus defectos, es que todo el mundo se conoce; lo comprobé por la cantidad de gente que cambiaba saludos con mi amigo durante el paseo. El Paseo, muy ancho, separado de la calzada por una fila de tamarindos, estaba abierto al mar, de manera que la playa quedaba bajo nuestros pies, protegida tan sólo por una barandilla de hierro pintado que corría a lo largo de todo el Paseo. En la arena había bastante gente desperdigada y tendida al sol. Bordeando la orilla del agua se apreciaba un constante ir y venir de caminantes y corredores, figurillas reverberando por efecto del agua y de la luz. Muchos curiosos se acomodaban en el barandal que remataba los balaustres, como corresponde al ocio de una ciudad marítima y nortea, deleitándose disimulada o abiertamente con los cuerpos femeninos tendidos en la arena, bastantes de ellos a pechos descubiertos.

La primera hora de la tarde era toda placidez, lentitud y tiempo libre. Las voces y los gritos se confundían con el rumor de las olas. La gente caminaba, se detenía a charlar y reemprendía su camino como si el mundo estuviera a su disposición. El espacio en torno a nosotros era benevolente y comprensivo, el mar se extendía hasta el horizonte con una expansiva serenidad y enviaba a tierra una brisa refrescante que agradecíamos, el aire estaba tan limpio como el cielo y mostraba una nitidez que permitía apreciar al detalle el escenario de la bahía, con el barrio de pescadores y la campa que lo coronaba, en una punta, y las urbanizaciones de la colonia de chalés que se extendía sobre una leve colina, en la otra.

Y yo, con la buena disposición que me caracteriza, lo tomaba por un favorable augurio sin sospechar ni por lo más remoto la que me tenía preparada el destino.

Pero ese primer paseo lo recordaré siempre como un regalo. Y digo regalo porque no había hecho nada por merecerlo. A mí la vida me ha enseñado que si quieres algo tienes que pelearlo con uñas y dientes. Con los regalos pasa como con la lotería: nunca toca.

No voy a extenderme en las primeras impresiones de mi estancia en G... pero fue al tercer día de vagar por allí cuando empezó todo. Yo estaba en el bar con Manolo, ya en plan de esperar al cierre para ayudar a recoger, y se me ocurrió salir a echar un pitillo al fresco porque afuera hacía una noche tentadora. Incluso le propuse a Manolo que, cuando acabáramos, nos fuéramos a tomar una copa por ahí, para alargar la velada, a nuestro aire. Bueno, el caso es que salí, encendí mi pitillo y me alejé unos pasos. Un par de manzanas más allá, en la misma acera, se abría un hueco entre dos edificios al fondo del cual había una florería en lo que debió de ser un garaje o un almacén; de noche no disponía de otra iluminación que la proveniente de las farolas de la calle y yo solía acercarme y tirar la colilla cuando terminaba de fumar, una especie de ritual gratuito. Así que me acerqué paso a paso, apurando el tabaco y, de repente, me pareció escuchar un gemido triste mezclado con ruidos de forcejeo, pero no le presté mayor atención que a mi propia imaginación. De pronto los ruidos cesaron y justo en ese momento, en el vacío que siguió, pensé que quizá alguien estaba en apuros. Después creí escuchar un estertor como una sucesión de sollozos roncós y como yo no puedo dejar pasar una oportunidad de curiosear, me asomé a su interior a ver en qué consistía aquello dando una voz:

—¿Hay alguien ahí?

Los sollozos callaron y, sorprendido, me adentré en el lugar y en seguida descubrí, al fondo, a una mujer medio incorporada en el suelo. Al acercarme a ella, retrocedió espantada, volvió a caer, yo traté de tranquilizarla y le tendí la mano; entonces, al tenerla más cerca fue cuando me di cuenta por su aspecto que debía de haber sido atacada. Y de repente, de entre las sombras de un recodo que hasta ese momento me había pasado inadvertido, salió un tipo que echó a correr hacia la calle y yo dudé entre ayudar a la mujer o perseguir al fulano. Me equivoqué, claro, como siempre en estos casos, y fui tras él; le di alcance, le hice una llave doblándole el brazo a la espalda e, inmovilizándolo contra la pared, llamé a la policía con la mano libre.

Serio error. No sé cómo el tipo se soltó, pero me largó una patada que si me pilla, me desgracia, y trató de escapar. Total, que me puso de tan mala leche que le aticé a base de bien, lo dejé sentado en el suelo en el mismo vano de la calleja y me fui por la mujer. Y aquí empieza lo bueno: la mujer había desaparecido.

Mi estupor coincidió con la llegada de un coche de la policía dándole a la sirena en plan aparatoso. Al principio, como en toda confusión, me tomaron por lo que no era, uno de ellos me echó sobre el coche y me cacheó mientras el otro atendía al violador, que debía de estar hecho un cristo a juzgar por lo que se quejaba. No se quejaba: el tío cabrón me estaba denunciando.

Manolo y el que debía de ser el último cliente habían salido a la calle, atraídos por las luces y la sirena y eso me salvó de que me esposaran y me metieran en el coche como si fuera un vulgar atracador. Luego llegó la ambulancia para llevarse al tío cabrón, pero lo arreglaron allí mismo con un par de puntos y unas tiritas. Yo había conseguido, con la mediación de Manolo, que la poli me escuchara, de manera que el asunto quedó en tablas: denuncié al violador y el violador me denunció por agre-

sión, con lo que al cabo de un buen rato de perder el tiempo a la española, acabamos los dos en comisaría.

La desaparición de la mujer me colocaba en una situación difícil y el otro tipo, que se ve que no andaba mal de reflejos, se aprovechó de ello. Nadie más había visto nada, la calle estuvo desierta durante el incidente, yo apenas podía dar detalles sobre la mujer, aunque sí recordaba haberme fijado durante un segundo en su cara descompuesta por el miedo, un miedo total, abrumador, pero no había ni rastro de ella. ¿No habría sido lo lógico que, al salir de la calleja, se metiera en el bar de Manolo a pedir ayuda? Pues sí, era lo lógico, pero no lo había hecho, le dije al policía que me miraba con sorna. Entonces recordé mi teléfono: yo había llamado a la policía, ahí estaba mi testimonio, la llamada estaría grabada en el móvil. Y sí, seguro que lo estaba, pero lo que no conseguí encontrar en ninguno de mis bolsillos fue el móvil.

Mi oficio de periodista me ha enseñado a ser paciente. Mientras nos dirigíamos al Juzgado en busca del juez de guardia, recapacité. El policía de turno me había explicado que la denuncia por violación tenía escasas posibilidades de prosperar y, al no haber cuerpo del delito, tenía toda la pinta de llevar razón; pero entre mis numerosos defectos se encuentra el de ser cabezota e insistente, lo que me ha dado no pocas alegrías en el ejercicio de mi profesión, así que insistí. El otro tipo también insistió en su denuncia y no hace falta decir que a esta última el policía de turno le veía muchas más posibilidades de prosperar. Yo debí de perder mi mejor baza, el móvil, en el fragor de la pelea, así que tendría que estar tirado en la calle y Manolo se ofreció a ir a buscarlo pero la policía no le dejó ir solo, conque se fueron en el coche patrulla, rastrearon la zona y no encontraron nada. Así es la vida: cuando yo estaba armando follón y sacudiendo al tipo aquel, no había nadie por los alrededores, nadie escuchó nada; en cambio, cuando la calle estaba dormida y en silencio, aparece alguien, ve un móvil

tirado en el suelo y se lo lleva tan contento. La vida es que no te hace un favor ni por equivocación.

—Tenga usted en cuenta —me había dicho el policía después de intentar que retiráramos las denuncias de común acuerdo— que aquí la denuncia del amigo no es más que un juicio de faltas por lesiones, pero si usted mantiene la denuncia por violación, eso es un delito perseguible de oficio.

Lo sabía, pero no lo recordé hasta ese momento. Si seguía adelante, la cosa se ponía complicada. Y seguí, es mi carácter, aunque he de confesar que ver allí, delante de mí, a aquel sinvergüenza haciéndose la víctima pudo con todos mis reparos. O le juzgaba la Justicia o le juzgaba yo a mi aire, o sea, a hostias, pero de la penitencia no se escapaba.

Total, que quedé a disposición de la autoridad y en espera de acudir ante el juez de guardia... con Manolo como única referencia y, por decirlo así, fiador. Al menos, dentro de la desgracia, lo más probable sería que no tuviese que pasar la noche en un calabozo, aunque más bien debería decir el día porque, al paso que íbamos, nos iban a dar las del alba. En cuanto al proceso en sí, no es que me disgustara quedarme en G... más tiempo del previsto, pero la situación no me hacía ninguna gracia; lo que pasa es que la sola idea de que aquel *hijoputa* no sólo se fuera de rositas sino que, además, me viera obligado a indemnizarle, me sublevaba.

—Si es que eres un impetuoso, joder —decía Manolo, camino del Juzgado.

¿Impetuoso yo? ¡Pero si estaban violando a la mujer! O eso parecía, porque, a medida que pasaba el tiempo y trataba de recordar en detalle la escena del incidente, no dejaba de preguntarme si realmente aquel tipo la estaba violando; porque yo no lo había visto, stricto sensu, encima de ella y él sostenía que había entrado a la calleja por lo mismo que yo, pero que se asustó al verme aparecer, se

escondió y luego trató de escapar en cuanto vio la oportunidad, pensando que el violador era yo que volvía sobre mi presa, menudo cínico. Así que yo no podía afirmar que fuera testigo de una violación. Entre todos trataron de echarme un capote sugiriendo que no podía precisar lo que creí ver debido a la ofuscación del momento. Sí, la verdad es que había empezado a dudar, sobre todo por la rapidez de reflejos con que reaccionó el otro para volver la situación a su favor. Vaya sangre fría la del tipo; una sangre fría que a los ojos de los presentes no correspondía tanto a un violador sino a un... ¿a un qué?, ¿a un idiota? Pues tanto daba: no por eso iba a ser menos *hijoputa*. Y aunque mi denuncia empezaba a deshilacharse, todos mis sentidos me decían que aquel tipo era el que había violado a la mujer desaparecida.

De modo que tomé mis decisiones: si el tipo conocía a la víctima, o incluso era su amante, yo daría con ella para empezar a poner las cosas en claro. Llevaba una temporada como para que alguien viniera a tocarme los cojones y cobrar una indemnización por daños, encima. Lo que no dejaba de pensar era que había llegado a G... de vacaciones, para relajarme y asimilar el despido antes de empezar otra vez a hacer por la vida. Una semana, sólo una semana de relajo me había permitido y ni esa semana se me concedía. En fin, el hombre propone y Dios, o la Materia en su caso, dispone. O como solía decir mi amigo Onofre, un empedernido cinéfilo la mar de simpático: El hombre propone y Dorothy Malone. ¡Ja! Más quisiera.